

Todavía hoy—bajo la administración burocrática de la Universidad de Oxford— es posible ver el peral atado a un recio tutor, perceptible en el añoso tronco del frutal la quebradura que lo llevara a ser, entre más de doscientos árboles, el favorito de Faulkner. Quebrado en un ventoso temporal, el peral logró sobrevivir y, lentamente, volvió a enderezar su tronco. Faulkner admiraría en ese proceso la capacidad de resistencia y restablecimiento de un árbol, símbolo que se repitiera en numerosas oportunidades en términos humanos.

También en el otro lado de la casa está la huella del escritor: una amplia caballeriza con un ruedo anexo, donde tenía a sus caballos predilectos y desde donde salía en sus largos pascos ecuestres. «Se creía mejor jinete de lo que era en realidad», repite el aristócrata Phil Stone a todo aquel que quiera oírle narrar anécdotas del escritor.

«No soy un novelista; soy un granjero», había dicho el propio Faulkner a Stone y a muchos periodistas. La verdad es que los vecinos tampoco lo creían un buen agricultor, y sólo le admitían la condición que él minimizaba: la de escritor. La polémica está aún abierta: los que dicen que William Faulkner era un vecino normal, porque gustaba de la caza (como ellos), de los caballos (como ellos), y de la agricultura (como ellos), y un vecino excéntrico, porque escribía durante muchas horas y se aparecía introvertido, arisco y taciturno cuando tenía alguna obra entre manos.

Un gesticulante plomero de Oxford recuerda todavía con palabras superlativas cómo un día fue a arreglar una cañería y vio a Faulkner escribiendo en el jardín. «No me saludó —puntualiza, como si aún no le hubiera podido perdonar la falta de educación—; pero lo más raro fue que mientras estuve trabajando en el interior de la casa estalló un temporal y una fuerte lluvia no dejó ni un centímetro sin mojar. Pues bueno, al salir yo pude verlo a ese señor escribiendo todavía, completamente empapado y sin haberse dado cuenta, aparentemente, del temporal que había sacudido su casa. Y tampoco me saludó cuando me fui.»

«El era muy bueno con los niños—diría, sin embargo, Maggie Brown, la misma que hoy cocina un desayuno al estilo Faulkner los días en que su marido sale a cazar—. Era tan bueno que una vez tuvo un niño enfermo de una familia pobre y lo cuidó personalmente alrededor de un año, hasta que se recuperó totalmente. En la convalecencia le contó muchos cuentos.»

Contar cuentos a los niños era una de sus debilidades, y los amigos de su hija Jill todavía recuerdan los que hilvanaba las noches de «brujas», en las noches tradicionales del Halloween.



*La corte de Oxford: levantada con dineros robados; frente a sus puertas se han agolpado varias tragedias de Faulkner*



*Las calles cubiertas, como galerías que rodean el «ágora», por donde transitan personajes e «intrusos»*